

## COMENTARIOS

### ¿A QUIEN BENEFICIA ESTA GUERRA?

Frente a la guerra civil desatada en El Salvador, cumplido ya un lustro, cabe preguntarse: ¿vale la pena esta guerra? Antes de iniciarse, y en sus comienzos, no hay duda de que en ambas partes el idealismo, los intereses, los sistemas propuestos y encontrados, la racionalización e ideologización del conflicto, inclinaban a pesar que bien valía la pena tanto sacrificio previsto a cambio del triunfo de su causa. Pero transcurridos casi cuatro años de guerra abierta y mantenido el equilibrio bélico fundamental entre la institución armada oficial y el FMLN, sin perspectivas claras de un desbalance definitivo hacia ninguna de las partes, es tiempo de que se abra la puerta a la razón y que se plantee al menos la duda de si "vale la pena esta guerra" o preguntarse patrióticamente, ¿a quién beneficia esta guerra?

Los costos de la guerra, tanto humanos como materiales, son excesivos para el pueblo salvadoreño, que va cargando con ellos en el presente y va hipotecando su futuro como nación. Una pequeña parte de ellos fue presentada por el Ministro de Defensa y Seguridad Pública ante la asamblea legislativa el pasado 24 de julio, y sólo ellos son suficientes para plantear esas dudas.

La institución armada ha hecho todo lo que estaba de su parte para inclinar la balanza a su favor, entre el 1 de junio de 1983 y el 31 de mayo de 1984. Ha realizado 42 operaciones militares en todo el país, 6,430 patrullajes ofensivos, 3,230 emboscadas diurnas y nocturnas; y eso sin contar los continuos bombardeos aéreos y de artillería contra las posiciones enemigas. El resultado efectivo de tanto esfuerzo ha sido efímero al no haber debilitado sensiblemente a un FMLN que ha

demostrado su fuerza y capacidad bélica cuantas veces se lo ha propuesto. Además, la Fuerza Armada ha ido planificando y preparando profesionalmente a la tropa y oficiales para acciones más intensas, continuas y sofisticadas en el futuro militar inmediato: ha incrementado sus filas en un 17.65 por ciento (que si se toma con relación a un número aproximado de 40.000 efectivos, superaría los 7.000 de incremento; cifra bastante concordante con la otra proporcionada por el ministro: 24 batallones adiestrados), ha implementado 4 cursos de ascenso, 88 cursos de capacitación en los que participaron 10.346 efectivos de tropa y 71 cursos en el extranjero con asistencia de 2.621 personas.

La preparación del personal militar ha sido intensa y extensa, de acuerdo a las cifras proporcionadas por el ministro, en vistas a intensificar la guerra en el presente año y en los venideros. Si las cifras de incremento son netas, suponen un reclutamiento muy elevado para suplir al mismo tiempo las bajas causadas por la misma guerra, por los licenciamientos y las posibles deserciones; todo ello confirma los rumores corridos a inicios del presente año, de reclutamientos masivos y forzosos de jóvenes humildes en toda la República, a razón de 2.000 por departamento, y que desolaron las aulas escolares y los centros de trabajo al comienzo del año escolar, hasta que los comandantes en el oriente declararon públicamente que ya no habría más reclutamiento de ese tipo por haberse llenado la cuota necesaria. El ministro no proporcionó datos —o al menos no quedaron en las páginas de los periódicos locales— sobre las tasas de deserción o licen-

ciamiento definitivo, por lo tanto no se conoce si ha disminuido la cifra hecha pública el año anterior respecto a la tropa entrenada en el extranjero, de la cual permanecía únicamente el 15 por ciento. Sin embargo, a las cifras publicadas hay que añadir los miles de hombres enrolados en las patrullas de "defensa civil," así como los reclutados forzosos y los voluntarios para el FMLN. Esas cifras nos pueden iluminar algo sobre el sacrificio económico, en mano de obra de la mejor calidad, en sangre y vidas humanas que se va tragando el monstruo de la guerra.

Los costos en vidas humanas, sólo en el año de referencia, reflejan lo duro de la guerra y lo sangriento de la lucha. Según el ministro, murieron en el período 23 oficiales, 25 cadetes y 1.007 soldados (1.055 en total); fueron heridos 37 oficiales, 33 cadetes y 1.713 soldados (1.783); se dieron por desaparecidos 4 oficiales, 7 cadetes y 259 soldados (270); lo que arroja un total de bajas de 3.108, lo cual representa el 7.77 por ciento de un total de 40.000 miembros de la institución armada. No disponemos de los datos pertinentes, como para inferir si a esas bajas habría que agregar las correspondientes a los cuerpos de seguridad y a los miembros de la defensa civil —ésta con mayor probabilidad dado que no pertenecen propiamente a la institución armada. Si se añaden las bajas sufridas por el FMLN y los miles de muertos y heridos de la población civil a consecuencias de la violencia, el año transcurrido ha exigido una cuota de sangre de más de 10.000 personas; más los miles de desplazados y refugiados que han ido engrosando la lista que se eleva ya a millón y cuarto de salvadoreños (25 por ciento de la población total).

Por lo que se refiere a los costos materiales, el presupuesto de defensa la ayuda militar ordinaria y de emergencia suministrada por el gobierno de Estados Unidos, el deterioro progresivo de la economía nacional, la desinversión y fuga de divisas, la paralización de muchos centros de producción, principalmente agropecuarios, el millonario sabotaje del FMLN a la economía del país, la destrucción causada por los bombardeos y operativos de la Fuerza Armada, han hecho descender los indicadores a los niveles de varias décadas anteriores. Un sólo apunte proporcionado por el informe en cuestión puede insinuarnos el monto de tales costos: en el período se ha concedido, a través del IPSFA (Instituto de Previsión Social de la Fuerza Armada), prestaciones en seguros de vida por valor de 17.81 millones de

colones, 11 millones más como préstamos para vivienda, y otros 0.95 millones para auxilios de sepelio; es decir cerca de los treinta millones de colones sólo en este rubro.

Al tener algún atisbo de los enormes costos que supone la prolongada lucha en todos los aspectos imaginables, cabe preguntarse, por consiguiente, si vale la pena esta guerra; no la guerra en abstracto, la guerra idealizada, la guerra imaginada y prevista para hacer triunfar uno u otro esquema, sino la guerra real, concreta, histórica, la salvadoreña de la década de los 80. ¿No habrá que replantear los principios y los presupuestos, para encontrar otra salida, que no sea ésta?

Más aún, visto el empantanamiento de las hostilidades, el equilibrio más o menos permanente de fuerzas en el campo de batalla, a pesar de los crecimientos cuantitativos y cualitativos de ambas partes, sería conveniente preguntarse: ¿a quién beneficia esta guerra? Ciertamente, no beneficia al pueblo salvadoreño que ve deteriorarse en forma galopante sus condiciones de vida, que tiene que buscar seguridad fuera de su lugar de residencia, que va poniendo permanentemente el dolor, la destrucción moral, psicológica y social, así como, sobre todo, los muertos que provienen de su seno. Tampoco parece favorecer, a me-



diano o largo plazo, a la causa revolucionaria que ve cerrados los caminos por el empeño de fuerzas extrañas. Ni a las docenas de patriotas salvadoreños, que desde fuera o dentro del país exigen a la institución armada mayor eficacia, sin arriesgar ellos ni sus fortunas ni su sangre o la de sus hijos; pues se ha emprendido un camino sin retorno hacia una sociedad que no puede ser igual a la de antes y se han establecido barreras definitivas contra la obtención de los beneficios

de antaño. Tampoco beneficia al gobierno de Estados Unidos, el cual carga con gran parte del costo material del conflicto, aunque no con la sangre de sus hijos, pero que va concitando contra él una conciencia cada vez mayor y más profunda de respeto a los derechos ajenos y de repudio a su ingerencia. Entonces, ¿vale la pena esta guerra? Y si se continúa, ¿a quién beneficia esta guerra? ¿Al orgullo? ¿A las ideologías sin contenido humano? ¿A la irracionalidad? ¿Al absurdo?

W.Z.

